

LI BER TAD CONDICIONAL

Esta mañana ha pasado tranquila. Cuando ha sonado la sirena para salir al patio, a la media hora de paseo reglamentaria, sus miradas me han atravesado como siempre cargadas de odio y amenaza pero al menos no lo han hecho con los puños y las botas como otras veces. Este momento es el peor. En el módulo siempre hay tareas que hacer y los vigilantes impiden cualquier descontrol.

El patio es un territorio sin ley y cada uno va a su bola. Además hoy no he ido a los retretes que son el lugar más peligroso. He aprendido a mear antes o después, si me dejan los vigilantes.

Cuando entré en este centro para cumplir seis años de condena el Director me dijo que si acataba el Reglamento de Régimen Interior no tendría problemas y me dio un ejemplar. Yo lo leí de pe a pa y lo he cumplido, hasta ahora no me han puesto ningún parte disciplinario. A ELLOS, o no se lo dieron o no lo leyeron.

En la cantina a la hora del rancho he podido comer entera mi ración aunque aquí los vigilantes también pasan de todo. ELLOS, o están a dieta o han tenido suficiente con lo que me han robado toda la semana.

Por la tarde todo es más corto y más fácil. Cuando suene otra vez la sirena, solo quedará atravesar rápido las galerías y el patio, pasar los portones y al salir allí estará mi madre, como



FERNANDO NAVARRO
ORIENTADOR EN EXPECTATIVA
fenamo59@gmail.com

siempre, con el bocata. Le mentiré, como siempre, sobre lo bien que lo he pasado. En casa ya solo tendré que ojear el móvil de vez en cuando para borrar esos odiosos mensajes, por si mi madre los mira. Y otra vez mañana continuará esta condena como a plazos, intermitente.

Hoy he visto a un nuevo compañero que parece que está tan solo y arrinconado como yo, pero no me atrevo a hablarle. Por la tarde él me ha preguntado cómo estaba y cual es mi nombre. Es el primero que lo hace desde que llegué. Debe ir a un curso más alto que el mío y parece muy simpático y muy raro también. Dice que se llama Anaxymandro Polyarchides pero afortunadamente prefiere que le llamen *Poli*. Que estaban lanzando el disco en Atenas con otros amigos y uno le golpeó. Que lo siguiente que recuerda es aparecer en el patio de este colegio. Y que si quiero ser su amigo. Le he dicho que sí y que nos podemos ver en la media hora de patio.

Mi amigo *Poli* quiere saberlo todo sobre este mundo, nuevo para él. Su curiosidad no tiene límites. Hoy me ha preguntado que por qué en clase hay que estar sentado desde por la mañana cuando nadie está cansado aún. Hace preguntas así de raras. Yo no he sabido qué responderle pero en ese momento les he visto venir a ELLOS y me he puesto a temblar, como siempre.



DAVID N. BRAVO

—¿Qué haces tarado, hablando solo?

Yo no levantaba la vista del suelo, como siempre. El primer pescozón me vino del de atrás, seguido de una risotada que me dolía más que el golpe. Una patada al bocadillo hizo que saliera volando.

—¡Otra vez paté! Ya te he dicho que quiero chorizo. Ahora lo coges y te lo comes tú.

Y otra risotada. Cuando levanté la vista para cogerlo *Poli* se había abalanzado sobre ELLOS pero sus golpes los traspasaban sin dañarles y ELLOS parecían no verlo.

—Vámonos. Y mañana acuérdate del chorizo, anormal.

Cuando se iban *Poli* seguía dándoles patadas pero ELLOS reían y se volvían hacia mí con gestos obscenos. *Poli* era tan raro que nadie lo veía excepto yo. Hay que tener mala suerte para que el único amigo que tengo sea invisible y no me pueda defender.

—¿Por qué te tratan así?

—Eso es lo peor, que no lo sé.

—¿Por qué no te defiendes?

—Porque tengo miedo, porque espero que se cansen pronto, porque me da vergüenza, porque no serviría de nada, porque estoy solo, porque no sé como hacerlo, porque empeoraría las cosas...

—¿Tus compañeros lo saben?

—Sí. Lo ven todos los días.

—¿Y no te ayudan?

—¿Quieres ayudarme tú?

—Sí, ya lo has visto, pero no sé cómo.

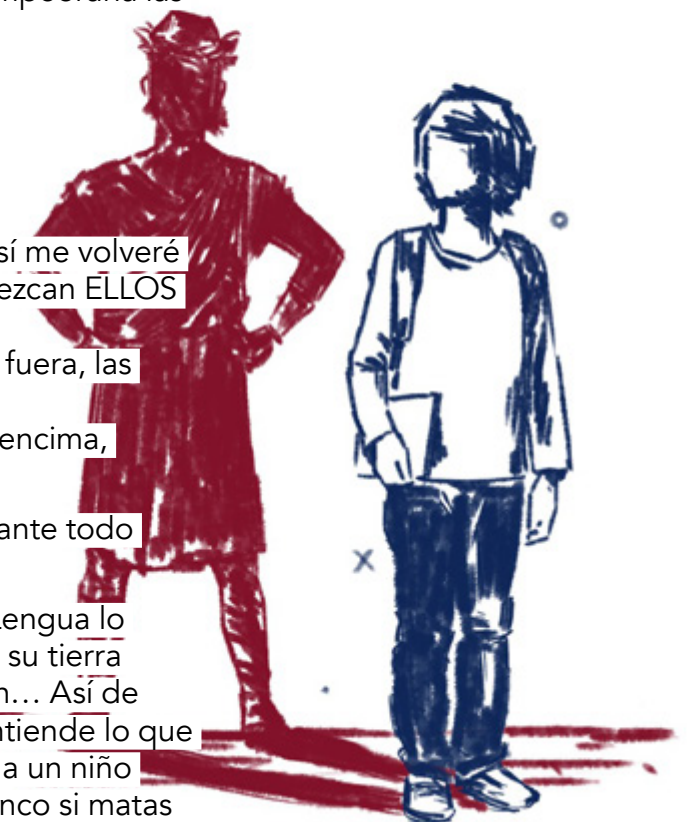
—Puedes darme un golpe fuerte en la cabeza y así me volveré invisible como tú. Si no puedo hacer que desaparezcan ELLOS al menos desapareceré yo para ELLOS.

—Sí pero también para tus padres, tus amigos de fuera, las chicas...

—No me importa con tal de no tenerlos a ELLOS encima, detrás, al lado, en el whatsapp, en mis sueños...

Poli me miró con esa cara de asombro que ponía ante todo aquello que no entendía y calló.

Hoy me ha preguntado que por qué en clase de Lengua lo primero que hacen los profes es mandar callar. En su tierra hablan todo el tiempo, discuten, razonan, debaten... Así de raro es mi amigo. También me ha dicho que no entiende lo que ha pasado en clase de Mates. Le han preguntado a un niño cuántos pájaros quedan en un árbol en que hay cinco si matas de un disparo a dos. El chico ha dicho que quedan tres y el



DAVID N. BRAVO

profe le ha dicho “¡bien!” cuando todo el mundo sabe que no queda ninguno porque los demás salen volando. Yo tampoco lo entiendo pero me siento bien con él, con mi amigo, aunque sea tan raro.

Hoy me ha preguntado nada más verme.

—¿Y qué dicen tus padres de esto que te pasa?

—No lo saben.

—¿Por qué no se lo dices? Pueden ayudarte.

—Mi madre vendría como una loca a comérselos y mi padre me comería a mí por no saber defenderme como un hombre.

—Pues vaya familia— exclamó ya un poco derrotado mi amigo *Poli*.

Para cambiar de tema me ha dicho que si sabía por qué en clase de ciencias un niño había llevado un caracol y el profe se lo había quitado y le había echado la bronca, cuando luego habían estudiado ese animal con unas fotos y videos. Pero lo que más le extraña es por qué mis compañeros no me defienden ante ELLOS. En su tierra todos se ayudan y no dejan que unos abusen de otros.

—Dame un golpe aquí por favor- le dije señalando la nuca- Quiero aparecer en tu tierra.

—Si pudiera le daría un golpe a ELLOS... y otro a tus compañeros.

Todo sigue igual. Cinco horas y media de miedo, de encogimiento, de soledad y media hora de libertad condicional con mi amigo *Poli* en el patio, casi escondidos, para que ELLOS no nos vean, no me vean a mí quiero decir. Una larga tarde de tareas y de vigilancia del móvil y unas noches, casi todas, en que ELLOS vuelven. Y a la mañana siguiente, a las ocho y cuarto, vuelta a comenzar.

Hoy me ha dado mi amigo *Poli* la peor noticia. Parece que siente que pasará algo que le hará volver. Nota algo que le impulsa hacia atrás en el tiempo, a su hogar y con su gente y cree que no tardará en ocurrir. Así de raro es mi amigo. A mí se me ha hundido el suelo bajo los pies. No quería perder esa única media hora de libertad condicional que tenía todos los días desde hacía unas semanas. *Poli* notó mi angustia y dijo:

—Yo siento que voy a volver. Cada uno tiene que estar con los suyos y cada uno tiene que resolver sus problemas pero no tiene por qué hacerlo solo. Has sido mi mejor amigo y me has ayudado a comprender este mundo pero yo no he podido ayudarte con ELLOS.

—Pero puedes ayudarme dándome el golpe que te he pedido y llevándome contigo- le supliqué.

—Aunque quisiera no podría, ya viste que los “golpes” que les di a ELLOS ni los notaron- dijo sonriendo-. Pero estoy seguro que todo cambiará a mejor en tu vida. No tienes que desaparecer tú para que desaparezcan ELLOS. Con hacerlos desaparecer de tu interior será suficiente y tendrás la ayuda para hacerlo, ya verás, solo tienes que aceptarla cuando llegue.

Fue la última vez que lo vi. Al día siguiente, en la media hora de libertad condicional ya no estaba. Nadie me preguntó cosas imposibles, ni me sonrió, ni me echó el brazo por encima aunque yo no notase su peso. Los que sí estaban eran ELLOS y se repitió el ritual suyo, burlas, insultos, amenazas y algún cachete y el ritual mío, silencio, vergüenza, mirada al suelo, derrota.

Hoy, tres días después de perder a mi amigo *Poli*, el rarito, he decidido que nadie tiene que darme un golpe en la cabeza para poder ir a encontrarlo y sobre todo para perderlos a ELLOS. En el gimnasio hay unas espalderas muy altas. He ido allí, que suele estar tranquilo, y me he subido a la última barra. Desde allí el suelo, a unos tres metros, me llamaba. Cayendo de cabeza el golpe me llevaría directamente a la antigua Grecia y allí *Poli* y sus amigos me defenderían de todo. Solo hacía falta un pequeño impulso.

—Hola, te he estado buscando. ¿Qué haces ahí subido? ¿Quieres venir a echar una pachanga con los colegas?

El que hablaba era un compañero de los que se sentaba delante y nunca me había mirado. Bajé despacio, sin podérmelo creer, y cuando lo tuve enfrente le di un golpe de camaradería en el hombro como les había visto hacer muchas veces.

—Claro tío, vamos.

Había comprobado que era de carne y hueso y había visto un destello en sus ojos que me recordaba a un amigo que preguntaba mucho y era muy rarito.



DAVID N. BRAVO